

EL CATOLICISMO POÉTICO DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Por Octaviano Valdés

La religión en la poesía de Ramón López Velarde tiene un doble significado: el uno de valor trascendente a las esferas de su alma, el otro de lenguaje poético. Aunque es obvio que ambos se entremezclan en su realidad vital, analizaremos, en cuanto es posible separadamente el segundo.

Es manifiesto el largo uso que López Velarde hace de tópicos pertenecientes a la religión católica. En la Biblia, en el dogma y en la liturgia halla su poesía voces eficaces y personalísimas.

“La religión católica con sus misterios y la Iglesia católica con sus oficios, símbolos y útiles, sirven a Ramón López Velarde para alcanzar la expresión de sus íntimas y secretas intuiciones. Su vocación de seminarista se halla, como en el caso de la Biblia, presente en este conocimiento preciso de la forma que la Iglesia ha aprobado para celebrar los oficios divinos. Pronto se advierte en su poesía una familiaridad con objetos y símbolos que está muy lejos de ser rebuscada. Además, la obsesión intensa de ciertas atmósferas donde se mezcla la riqueza de los ornamentos y su contrario: la miseria de la «grey astrosa» que asiste no a las catedrales magníficas sino a las oscuras y miserables iglesias”.¹

Otros entre nuestros poetas han empleado parecidos recursos, pero no todos ellos con la autenticidad poética de López Velarde. Sírvanos de ejemplo “Místicas” de Amado Nervo, cuyas evocaciones de “rojas iniciales que ornán salmos triunfales” de “custodias rutilantes” de “casullas de oro viejo”. . . Hoy nos saben a superficial deleite en relumbrones de bisutería. Sus anhelos conventuales, su asctismo inspirado en Kempis o Rancé, son lirismos retóricos con que tiñe sus versos y su escepticismo adolescente.

Mas, dicho sea de paso, este juicio no significa participar de cierta opinión en boga, que engloba toda la poesía de Nervo, con general desprecio, en el calificativo de cursi. Sin negar sus falsedades, estoy persuadido de que en su abundante producción hay oro de ley. El tiempo hará resplandecer su verdad. En su obra posterior a “Místicas”, el tema de su fe religiosa marcada por la inquietud y la duda, se expresa aquí y allá con legítimo acento de belleza.

A primera vista se aprecia la radical diferencia que existe entre ambos poetas por la manera de usar el recurso religioso. Amado Nervo tiende a ser filosofante. Ramón López Velarde prescinde de toda especie de especulación razonadora.

Es mayor aún el contraste con los llamados poetas salmistas, representados principalmente por José Sebastián Segura y Manuel Carpio, en los cuales el tópico bíblico usado pródigamente, no es más que la epidermis colorista con que se reviste su débil inspiración.

Otra diferencia con estos poetas reside en que López Velarde no es un POETA RELIGIOSO, aun cuando se manifieste fiel seguidor del

dogma católico: “Nunca vaciló mi fe”, “El infierno en que creo”, y sea conocedor de ritos y devociones de la Iglesia; pues el maridaje de su poesía con el repertorio eclesiástico se funda en una relación preponderantemente estética. La cual, adviértase, no es virtuosismo esteticista, sino comunicación íntima con sus vivencias humanas. Sin embargo, la religiosidad poética, si no es sólo una bella mentira, como seguramente no lo es en López Velarde, tiene que expresar de alguna manera las experiencias de su fe católica y de su “sangre devota” en constante y hondo conflicto con su sangre erótica. Xavier Villaurrutia exhibe este drama insuperablemente en su prólogo a *Poemas Escogidos*.

Las evocaciones religiosas de la poesía velardeana no pertenecen al mundo elaborado de los teólogos. Su religiosidad es la del pueblo, predeterminada por la tradición familiar, sostenida por el catecismo de Ripalda, por sus lecturas bíblicas, y cultivada en un ambiente en que el dogma y el ritual católicos se mantenían en posesión tranquila del espíritu de las gentes; de tal manera que el individuo, hablando en general, era al mismo tiempo feligrés de la parroquia y del municipio. Las diferencias existentes entre “católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la época terciaria” procedían más bien de hereditarios colores políticos que de ideas teológicas.

Los días provincianos de López Velarde se sucedieron en un clima de religiosidad, regidos por la campana de la torre parroquial y por las fechas del calendario litúrgico. Hasta el fin vivió en posesión de su fe. Su drama de conciencia provenía del desacuerdo, no ideológico sino práctico, con el código de la moral católica. Sin embargo, en cuanto se lo permitía la paradoja de ser un

*varón integral,
nutrido en el panal
de Mahoma
y en el que cuida Roma
en la Mesa Central,*

era fiel al cumplimiento del ritual católico. A este propósito se cuenta que durante su estancia en San Luis Potosí, asistía a la misa dominical, de preferencia en la catedral, para escuchar la homilía del dos veces ilustrísimo orador y obispo, don Ignacio Montes de Oca y Obregón.

Esta religiosidad que López Velarde absorbió por ósmosis dentro de su ambiente provinciano, es la profunda raíz de la imaginaria bíblica litúrgica; tan entrañada en su poesía que parece no haber sido llamada de fuera por su memoria, sino congénita con su misma inspiración. Como la estatuaria de nuestros retablos barrocos tan integrada al cuerpo total, que parece nacida del mismo brote que el jardín dorado.

De acuerdo con la naturaleza de esta religiosidad, recibida y vivida

¹ Xavier Villaurrutia. *Ramón López Velarde. Poemas Escogidos*. Prólogo. Ed. Cultura. Méx., 1935.

sin discusión de su contenido doctrinal, sus evocaciones se refieren preferentemente al aspecto anecdótico y al ceremonial de la Iglesia católica. Prescindiendo de abstracciones y razonamientos le interesa intuir la belleza, relacionando el motivo religioso con el acontecimiento vital estimulante de su sensibilidad.

Esta reflexión nos conduce a considerar su parentesco con Charles Baudelaire, que él mismo señala:

*Entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato.*

Ciertamente coinciden en el mismo conflicto su fe religiosa con su erotismo. Mas con cuánta diferencia de expresión. "Las Flores del Mal" están impregnadas de dolorosa y amargada preocupación teológica, que se traduce en rencorosa discusión con sus creencias, en frustrada rebeldía contra su fe religiosa que flagela sus sentidos pecadores. Lucha desesperada, cuya culminación es la blasfemia de sus letanías laudatorias a Satanás. Las cuales suenan a venganza de la llaga que se pudre en su conciencia; pero que alguna vez prorrumpen también en el reclamo humilde, rebosante de angustia:

*O Seigneur, donnez-moi la force et le courage
de contempler mon coeur sans dégout.²*

*¡Señor! concédeme la fuerza, suficiente
para mirar sin asco mi pobre corazón.³*

El conflicto de López Velarde es ajeno al ansia atormentada de liberación:

*Quand veux-tu m'enterrer, Débauche aux bras
[immondes?
O Mort, quand viendras-tu, sa rivale en attrait
Sur ses myrtes infects enter tes noirs cyprès.⁴*

*¿Cuándo me enterrarás, oh Carne mía inmunda?
¿Cuándo lograré que tú, su rival, me beses,
Muerte, sobre estos mirtos echando sus raíces.⁵*

Padece el mismo drama que Baudelaire, pero sin discutirlo ni contradecirlo, sin polemizar con su fe. Lo vive, lo sufre simple y fatalmente, y lo traduce líricamente, acentuando el contraste de sus dos espíritus enemigos por medio del tópico religioso, transformado en símbolo de su íntimo sentimiento, pero a la vez y siempre en función poética. En Baudelaire, por otra parte, el motivo religioso estimula su especulación ideológica y rara vez su intención directamente estética. En López Velarde es el acento que califica al verso de belleza.

Adviértase que el arsenal eclesiástico no aparece en la poesía velardeana como una mera adjetivación y lujo decorativo —a la manera de los salmistas—, sino sustantivado en su pensamiento y entrando en la trama misma de su actividad psicológica, de tal manera que por este proceso, dejando de ser simple cobertura se convierte en intrínseca motivación poética. Los elementos bíblico-litúrgicos se asimilan como respuesta al clima de su estado anímico.

Nótese, como característica muy peculiar de López Velarde, que en vez de referirse a las verdades esenciales de la religión católica, o a lo espectacular de su ceremonial, recurre al detalle humilde, a

la anécdota, a lo tangencial del dogma y de la liturgia: "Un paño de ánimas", "una iglesia siempre menesterosa", "la Salve", "el Ave María", "los cabellos de Absalón", "la honda de David", "Viernes de Dolores", "una sacristía", etcétera.

Tampoco acude a conceptos y cosas cuya sola denominación invita a la contemplación de la belleza, o a escarbar en la densidad de su significado. Frecuentemente elige objetos de contenido pobre y aun prosaico. Mas al toque de su hipersensibilidad la desarmonía se transforma en armonía, el vocablo afónico en melodioso. De la opacidad brota la chispa luminosa.

La facultad creadora de López Velarde es capaz de fundar correspondencias entre objetos mudos poéticamente y extraños totalmente el uno del otro, menos para él. ¿Qué relación puede existir entre los dientes de una bella mujer y la encíclica y el cayado del Papa? Sin embargo, en la estrofa de su poema son dos notas dispares que se condensan en un mismo acorde melodioso:

*Cúdalos con esmero, porque en ese cuidado
hay una trascendencia igual a la de un Papa
que retoca su encíclica y pule su cayado.*

¿Qué tiene que ver el monorrítmico desfile de las cuentas del rosario con la dicha de la Patria? No sabríamos razonar por qué, pero sentimos que está certeramente engastado en la "Suave Patria", como signo prometedor de bienaventuranza.

A veces, objetos de por sí antipoéticos estimulan su inspiración: un reclinatorio, un comulgatorio, una sacristía. Un candelil "que cuelga de las cúpulas criollas" le da motivo para crear uno de sus más bellos poemas y más reveladores de su psiquismo en conflicto.

Por veredas exclusivas de su inspiración intuye relaciones escondidas; intocadas antes de él, incontaminadas de interferencias literarias ajenas. Y suscita de ellas el inesperado brote poético, por medio de imágenes y vocablos, que su extraordinaria sensibilidad libera del cansancio del uso secular.

No todas las evocaciones del repertorio eclesiástico vienen a subrayar su erotismo conflictivo. Algunas de ellas, una minoría, son directa y exclusivamente ilustración estética de ideas sin referencia a su íntimo problema. Otras son voces del anhelo de tornar a ser "una casta pequeñez":

*Fuérame dado remontar el río
de los años, y en una reconquista
feliz de mi ignorancia, ser de nuevo
la frente limpia y bárbara de un niño.*

O, tal vez, lo subrayen, pero con el contrario sentido de catarsis espiritual. Son éstas, voces nostálgicas de la pureza y ternura del sentimiento religioso que vivió, cuando aún no padecía división en su espíritu.

El ejemplo más ilustrativo de tales añoranzas es el poema "Humildemente". Hermoso poema, fruto de uno de sus momentos de mayor sinceridad cristiana y plenitud poética, y a la vez muy demostrativo de su arte personalísimo de asociar sin violencia los tópicos religiosos a su poesía:

*Cuando me sobrevenga
el cansancio del fin,
me iré, como la grulla
del refrán, a mi pueblo,
a arrodillarme entre
las rosas de la Plaza,*

² Charles Baudelaire. *Les Fleurs du Mal*. "Un Voyage a Cythère". Ed. Garnier Frères. París, 1921.

³ Eduardo Marquina. Versión. Carlos Baudelaire, *Las Flores del Mal*. Francisco Beltrán. Tip. Artística. Madrid, 1923.

⁴ Charles Baudelaire. *Op. cit.* "Les deux bonnes soeurs".

⁵ Eduardo Marquina. *Op. cit.*

los aros de los niños
y los flecos de seda de los tápales.
A arrodillarme en medio
de una banquetta herbosa,
cuando sacramentando. . .
. . . aparece en su estufa el Divinísimo.

El poema describe el paso del Santísimo Sacramento que va de "viático" a la casa de algún enfermo:

Te conozco, Señor,
aunque viajas de incógnito,
y a tu paso de aromas
me quedo sordomudo,
paralítico y ciego,
por gozar tu balsámica presencia.

El título del poema, "Humildemente", de la tonalidad al poema. Todo él motivado por una fe humilde y sin fisuras. Es la fe del cartero aldeano y la de don Blas, que se humillan al paso del Santísimo:

"El cartero aldeano
que trae nuevas del mundo,
se ha hincado en su valija."

"La frente de don Blas
petrificóse junto
a la hinchada balsosa
que agrietan las raíces de los fresnos."

Fe del poeta, la cual es la expresión de la inteligencia, limpia de altiveces intelectuales, sumisa y doblegada ante el misterio:

He de decir mi prez
humillada y humilde,

más que las herraduras
de las mansas acémilas
que conducen al Santo Sacramento.

Por virtud de esta fe integral y candorosa, como recién bañada por las aguas del Bautismo, se suspende el teatro del tiempo al paso del Divinísimo:

"Tu carroza sonora
apaga repentina
el breve movimiento,
cual si fuesen las calles
una juguetería
que se quedó sin cuerda."

"La gallina y sus pollos
pintados de granizo
interrumpen su fábula."

"Las naranjas cesaron
de crecer, y yo apenas
si palpito a tus ojos
para poder vivir este minuto."

Este poema resulta ser un resumen de las características que hemos tratado de analizar, y que, en buena parte, son fuente de indiscutible originalidad.

Señalamos antes un paralelo entre la imaginaria poética de Ramón López Velarde y la de nuestros retablos barrocos. En efecto, su espíritu barroco es manifiesto en el uso abundante del tópico religioso, pues son minoría los poemas en donde no aparece este recurso. Abundante, dijimos, pero no redundante; pues dichas evocaciones, más que sobradas reminiscencias, son renovadas vivencias del instante clarividente, en que sorprendió el arco iris de la belleza entre el mundo exterior y su extraordinaria sensibilidad. ♦

un golpe de aire mata la bujía...

(Aílla un pavor en la calma sepulcral.)

¡fue así como Juevesanta y el idolatrismo
nos dijimos adiós en las tinieblas
de la noche fatal...

Luis de los Ríos

México, 15 abril 1912